

—Pues llegó el delegado del distrito de...

—¿A la casa particular?

—Sí, señor.

—Y nos dió un susto, llamando á una pareja del Orden y llevándonos al Gobierno *per accidens*.

—¡Caracoles! ¿Y quiere usted llevarme á esa casa?

—¡Si nos soltaron en el acto!

—Ya, pero el susto...

—Pues bien; yo no quise dar mi nombre, y fuí detenido de incógnito.

—¡Qué hombre tan raro me va usted pareciendo, Herrador!—murmuró el alcalde.

—Madrid está malo y es preciso andar con mucho ojo.

—¿A quién se lo cuenta usted? Si yo conozco esta villa lo mismo que el Ronzal. ¿No ve usted que de cuando en cuando me doy una vuelta por aquí? La última vez que estuve fué el año 68.

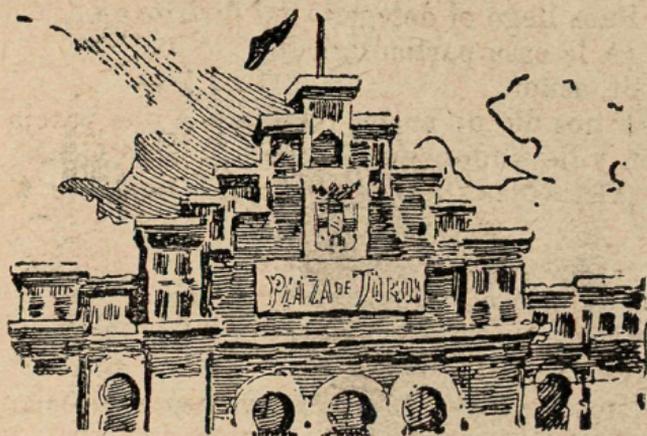
—Ayer, como quien dice.

Caralampio no había pensado en alojamiento ni menos en visitar al ministro de su ramo. Por supuesto que tampoco éste le hubiera recibido.

Pero Herrador, atento á todas las necesidades de su antiguo conocido ó amigo, correligionario (que fué), le recordó que comprase tabacos, y que se proporcionase hospedaje... para los dos, porque él llevaba su afecto y deseo de ser útil á su amigo hasta el límite de resignarse á dormir en el mismo hotel que Caralampio, y á comer con él y tomar café y fumar con él y con, de, por, en, sobre, él, á su costa.

Y una vez conseguido y arreglado todo, pensó en distraer al alcalde, y le convidó á una corrida de toros. Es decir, le invitó á que le convidara.

Caralampio aceptó y pagó el pato, pero con gusto, por ver la plaza nueva.



TOROS EN EL TENDIDO

—Era más alegre la otra—decía—pero esta es más majestuosa y más morisca. ¡Buena plaza, mejorando!

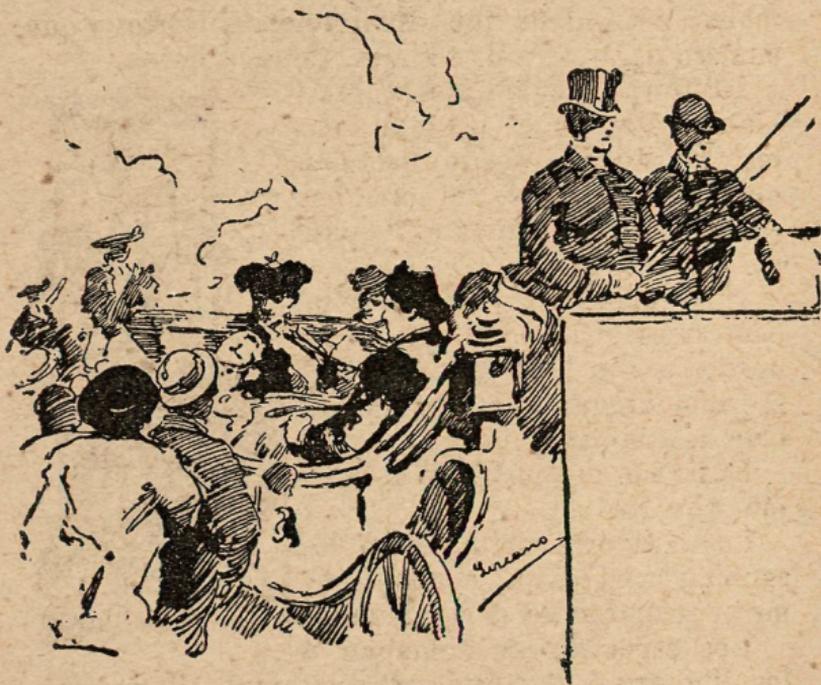


Había corrida de homenaje á los forasteros.

Seis toros de origen desconocido que debían ser lidiados por seis matadores fuera de cacho. Vamos, fuera de abono.

Dos de ellos negros; otro que daba el salto de la trucha de pitón á pitón y viceversa.

Una banda de música amenazaba ó amenizaba el espectáculo, soplando las piezas de su repertorio. La corrida empezó á las cuatro y media.



La bronca á las cuatro y treinta y cinco.

Viendo á la *troupe*, hablando en chico ilustrado, tan gallarda y tan deslumbrante, en su carretela de lujo, ¿quién habría de anunciar lo que ocurriría en la plaza?

Caralampio y su cicerone de pago ó de pega, ocupaban dos asientos de tendido de sol y sombra, al parecer; pero con mucho más de lo primero que de lo segundo.

Cuando entraron en el tendido se oyó alguna que otra indirecta alusiva á las prendas personales del alcalde del Ronzal, pero sin segunda intención. Lo

mismo que un naranjazo que le arrebató el sombrero monumental. Todo sin segunda intención.

Los toros tenían lámina, como dicen los inteligentes. Yo creo que todos los toros y todos los animales, igualmente que los diputados á Cortes y que cualesquiera otros personajes, tienen lámina.

Los toros «tenían pies,» también en opinión de los inteligentes. De lo cual puede deducirse que hay toros cojos, así como hay cabritos y otros animales de puntas.

Pero tampoco los toreros andaban escasos de pies. En cuanto miraba á uno la fiera, ya estaba el uno aunque fuera encima de otro del público.

Entraban de cabeza en el callejón por racimos.

Los picadores corrían, digo, los caballos eran los que corrían, como si acabaran de darles cuerda.

Los espectadores llamaban á los jinetes:—¡Bribones! ¡Presbíteros! Y otras varias cosas.

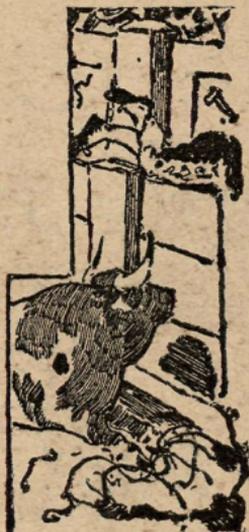
El público voceaba indignado, y, apostrofando al presidente, le decía:—¡Curro! ¡Curro! ú otra palabra «anónima.»

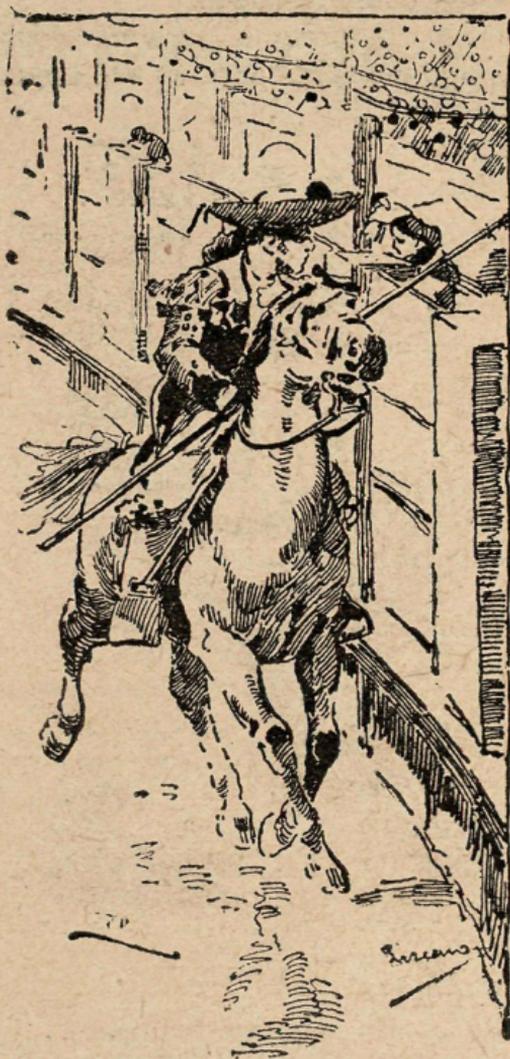
Algunas frutas y efectos que no convenían á sus dueños respectivos cayeron al redondel.

Caralampio empezó á temer por el orden público y por su propia personalidad.

Varios proyectiles tropezaban, y no casualmente, en el sombrero del alcalde del Ronzal, que adoptó la prudencia de descubrirse ante el tumulto.

Entonces se oyó una aclamación entusiasta.





—¡Bravo!

—¡Bueno!

—¡Qué hablé!

—¡Silencio!

Uno de los lidiadores á quien había alcanzado un proyectil, se aproximó á la barrera, y, encarándose con el jefe supremo del Ronzal, y con aparente tranquilidad, le dijo:

—Ya le *conozgo* á usted y no se me ha ir de rositas, ¡so gurripato!

Caralampio iba á contestar, pero no lo consintió el público.

Sus vecinos protestaron, insultando al torero, y descargaron sobre él una lluvia de naranjas.

El diestro bajó la cabeza filosóficamente y se retiró del sitio del peligro, volviendo al redondel ú al proscenio, como quiera decirse, y obedeciendo al país, que le gritaba como se grita á los perros:

—¡Al ruedo! ¡Vaya usted al ruedo!

Caralampio hizo una reverencia, para manifestar su reconocimiento á la honrada masa de aficionados que le había defendido.

¿Para qué quisieron más los guasones?

—¡Silencio! ¡Que va á hablar!—vocaban.

Y un aplauso unánime y nutrido animó al alcalde, para que rompiese á pronunciar.

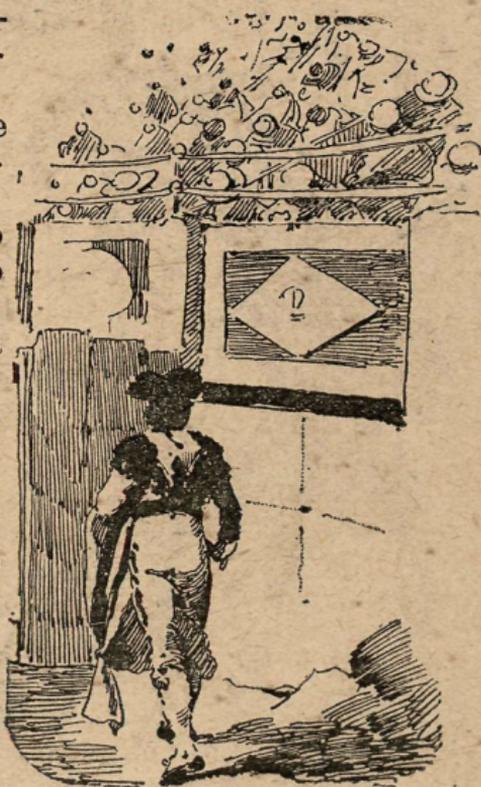
Herrador hizo como si se incomodara, y, al ver aquel otro tipo tan cómico y aun más que D. Caralampio, resonó otra salva de aplausos.

—¡Que hable también! — gritaron los del tumulto.

—¡Que bailen los dos!

Y tengo para mí, y ellos para sí tendrían, que hubieran bailado si no distrae la atención del monstruo público un mono-sabio que se empeñaba en convencer á un caballo de la conveniencia de la inmortalidad. Para lo cual, en vez de apelar á recursos de doctrina y predicación ilustrada, empleaba la vara.

La protesta del público y otras peripecias distra-





jeron la atención, y Caralampio y Herrador no bailaron.

—No he querido— decía el segundo— descubrirme á esta canalla, porque hubieran dicho inmediatamente que abusaba de mi autoridad.

—Sí, ya lo he visto —replicó muy cargado el alcalde del Ronzal.

Tocaron á banderillas, y se oyeron algunas voces que pedían :

—¡Los dos! ¡Los dos!

—¡El del calentador!



Eran espectadores de los tendidos colindantes que se habían enterado de la *juerga* de Caralampio y compañía.

El disparo de los petardos anunció al país que ya había empezado el segundo tercio de la lidia.

Siempre que hay forasteros procuran las empresas que vean todas las suertes. Así, procuran que se apliquen á algún toro banderillas de fuego, y en otros tiempos le soltaban los perros á otro toro, y la me-

dia luna á otro ó á cualquier matador de novillos, contratado para este fin.

Cuando terminó la corrida, Caralampio y Herrador fueron objeto de una demostración de simpatía cómica general y de ruidosas manifestaciones.

—¡Viva el obispo!— voceaban unos.

—¡Que saque esa criatura del sombrero, que irá ahogándose!



PAREJAS

Al verse ya fuera de la plaza, respiró el infortunado forastero. Herrador le detuvo y le dijo:

—Si usted quiere, volvemos y me doy á conocer, que por un amigo hago cualquiera cosa.

—No, no, señor; gracias—replicó Caralampio.

Ya en libertad, volvió el alcalde del Ronzal á su tema.

La tarde estaba desapacible, fría y lluviosa, para que nada faltara.

Una pareja por acá iba en busca de



un carruaje, para que la condujera á Madrid, á su casa, ó al hotel, ó al infinito. ¡Ella era una buena moza!

Todas le parecían lo mismo á Caralampio. ¡Y eso que Blasa había tenido unos quince!... Quince años, se entiende.

¡Y qué bajos lucía aquella mujer! No Blasa; la que marchaba delante de Herrador y Caralampio, y del brazo de un caballero al parecer.

Y en seguida otra pareja de jóvenes aristócratas... Y ella también con bajos.

Llamaban á voces al lacayo para que les arrimara el coche. Tenía coche.

¡Y qué aroma tan delicado esparcía aquella criatura! El alcalde del Ronzalse chupó los dedos repetidas veces.

—¿Se ha quemado usted?
—le preguntó con intención Herrador. Y él respondió:

—No, gracias, no tengo ganas de fumar.

El lacayo pareció.

Después arrastró el carruaje, moralmente, y los señoritos entraron; cerró la portezuela el sirviente, y después...

«Desapareció el coche á los pocos minutos en el horizonte»—como dice un novelista desalñado, á quien no quiero nombrar para no proporcionarle esa satisfacción.

—¡Qué mujeres, Herrador!—repitió el jefe del municipio del Ronzal.

—¡Y qué tardecita!—observó el funcionario gubernamental, etcétera.



—¡Y otra pareja!

—¡Sí, otra! ¡iremos á comer al restaurant donde almorzamos esta mañana?

—Pero ¡qué exuberancia de mujeres! Y éstos no gastan coche, son de infantería por ahora. Me parece una doncella. ¡Cómo me gustan las doncellas y las nodrizas!

—Sí, sí, busque usted gangas en Madrid.



DESPRENDIMIENTO

No sabía Caralampio cómo desprenderse de Herrador.

Aquel hombre empezaba á cargarle.

Siempre en oposición abierta á todos los planes del forastero, en cuanto no se reducían á cosa provechosa para ambos.

—Aquí comer, beber, fumar y divertirse, y no hay que pensar en más— repetía el ex veterinario.

—Ya lo creo— pensaba el alcalde— y pagar yo.

—Duro ahí, que yo estoy aquí, D. Caralampio.

—Ya tengo el gusto de ver á usted, señor Herrador.

En la casa que había proporcionado á Caralampio su cicerone vivía una señora muy guapa y muy elegante. Era una viuda intempestiva, según decía la dueña del establecimiento. Quería decir que su esposo había fallecido en una tempestad en alta mar, porque era marino.

Cuando Caralampio se desprendió de Herreros para meterse en su habitación, hallóse al paso con la viuda. Y sin encomendarse á Dios ni al diablo,

se abalanzó á ella y á besos y abrazos la puso como nueva.



—¡Caballero! ¡caballero!—baluceaba la mujer medio asfixiada y pugnando por desprenderse de aquel bárbaro del Ronzal, que repetía, sin suspender la tarea:

—¡Rica! ¡rica! ¡bendita seas! ¡Carolina de mis ojos! ¡mi vida!...

—¿Qué Carolina ni qué ca... ramba—voceó la viuda,—si yo soy Consuelo y no Carolina?

—¡Consuelo! ¡Consuelo!—tarta-

mudeó don Caralampio soltando su presa.—Sí, es verdad... Usted dispense.

—¡Pues vaya unas maneras!—repetía la viuda un tanto escamada.

Y Caralampio, relamiéndose de gusto, se encerró en su habitación diciendo:

—Que me quiten lo bailado. ¡Qué tunante soy! ¡Qué tunante!

Al apuntar el siguiente día, y aprovechando la ocasión en que Herrador dormía como quien era, salió Caralampio de la casa y emprendió el camino de a Puerta del Sol. Allí se metió en un coche y dijo al cochero:

—¡Al Santo!

Cuando se vió en la Pradera solo, sin Herrador, sin aquella sombra, le pareció que era otro hombre.

Iba lo mismo que un chiquillo que ha hecho una calaverada.

— ¡Libre, feliz, independiente! ¡No sé por qué presiento que he de realizar alguna conquista! ¡Este Madrid! ¡Este Madrid!... ¡Por qué no ha-

bían de trasladarme del Ronzal á esta alcaldía!

En estas reflexiones amoroso-municipales halló al paso seres muy felices.

— ¡Solo y con dos mujeres! — exclamó viendo á un caballero cursi con dos señoritas de la misma especie. — Hay hombres que no saben lo que tienen en este mundo.

Luego continuó su monólogo, pensando y diciendo:

— Soy un imbécil: he debido invitar á la viuda que vive en mi casa. Cuidado que es buena mujer. Pude que esté algo resentida conmigo... Pero no, la mujeres agradecen las manifestaciones de cariño



La pradera del Santo no es ya ni sombra de lo que fué. Allí no hay facilidad para que un Caralampio conquiste dos ó tres damas con rebocillo... ó sin él. Para el alcalde del Ronzal lo de menos habría sido el disfraz de la dama.

No hacía mucho tiempo que don Caralampio recorría los altos de San Isidro, cuando se le aproximó un ciudadano y le preguntó:

—¿Lleva usted pase?

—¿Qué es eso de pase?—preguntó el alcalde.

—Pues el pase que da el ayuntamiento á las personas y á los forasteros para que puedan transitar por este sitio y entrar á la ermita y demás necesidades.



Caralampio quedó suspenso por unos segundos, y luego dijo:

—Pues no lo sabía.

—Si quiere usted puede sacarle aquí en la casilla.

En esto vió pasar más que de prisa al caballero cursi y á las dos señoritas.

El caballero hizo señas á Caralampio, ó, por lo menos, así lo creyó éste.

—Esos vienen de sacar el pase—dijo el desconocido investigador.

Y, efectivamente, venían de recoger «el documento», dejando cuanto llevaban de valor en poder de los cobradores, una sección de «ratas» que había establecido la oficina en lo alto de San Isidro, en sitio resguardado... del aire.

Pero el alcalde del Ronzal no se dejó convencer

por las insinuaciones del fingido dependiente municipal, y retrocedió.

El caballero y las señoritas se habían parado á cierta distancia.

Cuando llegó á ellos don Caralampio, le dijo el caballero.

—Creí que usted también caería en el lazo.

—¿En el lazo?—preguntó asombrado el del Ronzal.

—Sí; ese que ha detenido á usted es uno de ellos.

—¿De quiénes?

—De los ratas.

—¿Usted es forense?—preguntó á Caralampio una de las señoritas, muy mona por cierto, muy «bien hablada», como dice la gente.

—Soy del Ronzal—respondió el alcalde.

—¡Precioso pueblo!

—¿Pues cuándo has estado tú en el Ronzal?—preguntó el caballero.

—El año pasado ¿no recuerdas?

—No, mujer; le equivocas con Sacedón.

—Es verdad; sí, Sacedón, que también es puerto de mar.

—En el Ronzal no hay mar, señorita: allí no encontraría usted aguas mayores.

—¿Y viene usted á la fiesta del Santo?—preguntó la otra señorita, hermana de la primera, y aun más guapa.

—Sí; vengo á pasar unos días entre los madrileños y las madrileñas.

—¿Y viene usted solo?—preguntó al alcalde, con tristeza, el señorito cursi.

—¡Cá! si venía el tren lleno de criaturas.

—¡Ya!

—Pero, vamos, ¿no trae usted familia?

—Que yo sepa, no.

—¡Solito!—murmuró una de las señoritas.

—¡Desamparado!—exclamó la mas fea.

—Pero si ustedes quieren, no seguiré solo; porque tendré el gusto de ir con ustedes á cualquiera parte.

—Mil gracias.

—Es usted temerario.

—¿Eh?

—Mi esposa habla siempre por lo dramático.

—¿Acepta usted, ó no?—preguntó Caralampio.

—Por nuestra parte, si Ruperto quiere...

—Me considero muy honrado...

—Yo también—afirmó el alcalde.

—Pues continuemos—dijo la culta esposa de Ruperto.

—Continuemos.

El alcalde se frotaba los anteojos de gusto.

—Ya cayó qué hacer—pensó.

Y, efectivamente, diez minutos después estaban almorzando los cuatro en uno de los establecimientos esterados que embellecen la Pradera en estos días.

Con el vino y el alimento, las chicas se alegraron y empezó el periodo de la franqueza. Las dos se cuidaban de Caralampio más que de Ruperto. Este, por su parte, devoraba y bebía como si llevara en la garganta una esponja.

Cuando llegó la hora de pagar, el del Ronzal se encargó de todo. Ruperto hizo como que se enojaba; pero, por fin, se dejó convidar.

—Ahora tomaremos un cochecito y à Madrid—dijo una de las señoritas, ya un tanto descompuesta é incierta en el último tercio del almuerzo y buscando la defensa en las tablas.

—¡Aceptado!—gritó Ruperto.

—¡Aceptado!—afirmó Caralampio.

—Y á casa, que usted nos honrará acompañándonos—preguntó una de las niñas.

—Ya lo creo—respondió el alcalde entusiasmado—yo voy con ustedes hasta el fin del mundo.

Ruperto apretó la mano derecha del generoso forastero, entre las suyas, y balbuceó:

—Es usted un hombre, aunque no indígena, y un amigo.

¡Pobre Ruperto! ¡Cuán ajeno estaba él de ser la primera *pítima* del Santo!

HERRADOR

Cuando se levantó y supo que el alcalde del Ronzal se había marchado sin contar con él, empezó á echar por aquella boca todo un tratado de picardías.

El conflicto era horrible para el funcionario gubernamental, como él se titulaba.

La viuda intempestiva, según decía la patrona, era, ni más ni menos, que la esposa accidental de Herrador, que había celebrado aquel matrimonio con el fin de limpiar los bolsillos á Caralampio. La patrona no estaba en el secreto, pero sospechaba algo.

La viuda había entrado de pupila en la casa el mismo día que el forastero y el ex veterinario. Vió hablar á la viuda con Herrador con cierta franqueza aquella mañana, y pensó:

—Aquí hay plan: estaré alerta no vaya á sobrevenir algun crimen: en todo caso me parece que lo más prudente será dar parte al delegado del distrito.

Herrador se paseaba como una fiera por su habitación, cuando llegó un mozo de cordel con una esquila del alcalde.

—¡Mira!—dijo este entrando en la habitación de la viuda, y enseñándola el papel—¡Preso!

Ruperto se había peleado con un cochero. Los guardias se encargaron del jóven, á pesar de las protestas de las señoritas y de Caralampio, que se ofreció á responder por Ruperto.



—Y usted ¿quién és?— le preguntaron

—¿Otro beodo?

—Yo soy una autoridad.

—Una visión.

—¡Poco á poco conmigo!—amenazó Caralampio.

Los delegados de la autoridad agarraron cada cual de un brazo

al apreciable muchacho y le condujeron á Madrid con el mayor órden posible.

Caralampio y las señoritas regresaron en su coche, y fueron á la prevención en busca del joven, pero armaron tal escándalo, que pasaron á acompañar al cautivo.

Entonces pensó Caralampio en Herrador, y en el ministro.

A éste dirijió una carta en que le decía:

«Excmo señor: Un delegado de V. E. hasido atropellado y se ve en una mazmorra: esto es una ofensa para V. E. y para mí. Espero sus órdenes...»

En la carta á Herrador le suplicaba que pasase por la prevención y se diese á conocer.

Herrador tomó el sombrero y salió, dirigiéndose en seguida á la prisión.

—¿Se puede hablar con el preso?—preguntó al sargento ó cabo de guardia.

—¿Con cuál preso?—preguntó á su vez el guardia á quien se había dirigido Herrador.

—Con el señor alcalde del Ronzal.

—¡Ah! ¿Un señor que ha venido con dos señoritas?

—¿Con dos señoritas?

—Sí, algo beodo.

—Es un hombre de bien, y...

—¿Usted viene como fiador, ó qué?

—¡Calla!—exclamó el sargento.—Fiador, sí, sí. Y á él ¿quién le fía? Este es el tunante que estafó en la calle de la Montera doscientas pesetas á un comerciante.

—¡Vea usted lo que dice!—replicó turbado el amigo de Caralampio.

—El mismo: Vicente Herrador, alias el *Chupín*.

Herrador intentó apelar á la fuga, pero los guardias le detuvieron y le soplaron en el interior.

Cuando le vió Caralampio, salió á su encuentro y le abrazó, aun cuando el «funcionario» pugnaba por evitarlo.

—¡Excelente amigo! ¡Noble compañero! ¿Se ha dado usted á conocer?

—No, señor—respondió Herrador;— pero me han conocido.

—Este será otro tuno que tendrá por mote «el Alcalde»—dijo el sargento.

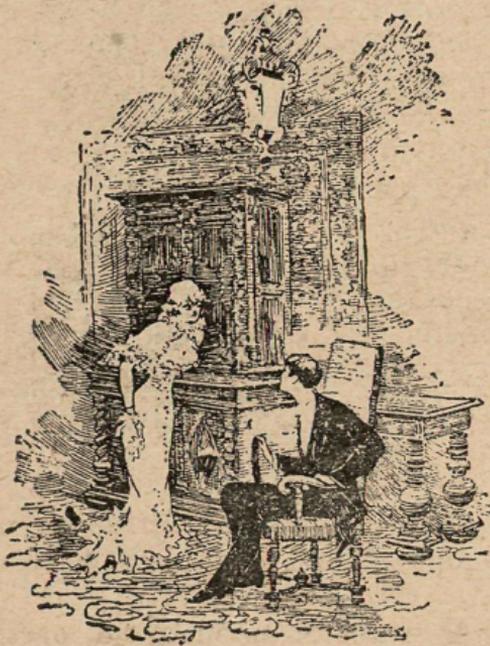
—¿Cómo?

—Y esas señoritas... ya me figuro quiénes serán. ¡Vaya unas señoritas!

—¡Oiga usted... poco á poco con eso!—protestó Ruperto.

—¡Silencio—interrumpió el sargento,— ó sus pongo los cuerpos negros á palos! Aquí no hay más voz que la mía.

Caralampio no daba crédito á sus ojos ni á sus oídos: los vapores del vino del Santo le enturbiaban la inteligencia. Por fortuna para él y para todos, una amiga de las señoritas, á quien éstas apelaron, y que á la sazón estaba muy bien relacionada, fué la salvadora.



—Necesito — dijo á un íntimo amigo, persona de valer por su posición y por la de su familia, — que ahora mismo pongan en la calle á unos forasteros, detenidos en la prevención de...

— Cuando quieras — respondió el amigo.

—Pues ahora.

Y ambos salieron, entraron en un coche de alquiler, y se

encaminaron á la Bastilla de Caralampio, Ruperto, Herrador y las dos señoritas.

Cuando llegaron bajó la amiga de las prisioneras y preguntó por el delegado.

—No está, señorita — la respondieron.

—Bueno, es igual, vengo á sacar á una familia aquí detenida. Tome usted — dijo, entregando al sargento una tarjeta de su querido... amigo. — Este señor responde de todos.

Pero el sargento se negó á complacerla.

—Vea usted lo que dice.

—Esta tarjeta, y usted perdone, puede ser suya y puede...

—¡Animal!—murmuró la joven.

Y saliendo á la calle se dirigió al carruaje donde la esperaba el dueño de la tarjeta.

—Esos estúpidos dudan de mí—dijo indignada.

El caballero, que hubiera permitido antes que molestasen á cualquiera persona de su familia que á su querida *Nena*, bajó del coche precipitadamente y entró en la prevención.

Escusado es decir que cinco minutos después se abrazaban las amigas, y Caralampio y Ruperto, aún convalecientes de la curda. Herrador, que también salía de momio, fué detenido á pesar de sus protestas.

La protectora y el protector en su coche, partieron después de despedirse de los «libertos,» y éstos emprendieron el camino de su domicilio á pie.

Caralampio pensaba en Herrador.

—Pero, Señor, ¿por qué no se dará á conocer ese hombre? Y dejarle es una ingratitud.

—¿Usted se vendrá con nosotras?—preguntaron las chicas al alcalde.

—Hasta el fin del mundo, ya se lo he dicho á ustedes.

Ruperto dió un apretón de manos á Caralampio.

—Es usted un hombre y un amigo—dijo.



UNA CASA DECENTE

Vamos, «decentemente amueblada» como dicen los autores describiendo el decorado de la escena en algunas obras.

El del Ronzal no daba crédito á sus ojos. ¡Qué casa! ¡Qué lujo relativo! ¡Qué noche se le preparaba! Las jóvenes le presentaron á su mamá y tía, respectivamente, por que eran primas carnales, así como el papá era también carnal y el tío ídem. Allí todos eran carnales.

Hubo su *mijita* de cumplidos y luego se empeñó Caralampio en pagar algo. Y pagó el pato.

Elvira, que era la cuñada carnal del joven cursi, traspasaba con sus miradas á Caralampio.—¡Y qué suspiros, entornando los ojos al mismo tiempo, como quien dice:—¡Apaga y vámonos!—¡Y qué obsequios durante la cena!—¡Y qué fraternidad la de aquella familia cuando llegaron los postres!

Como que el padre carnal se sentaba á la madre en las rodillas, y el cuñado á la cuñada, y la esposa de Ruperto sobre las de don Caralampio cuando más descuidado estaba.

—¡Qué familia tan rara!—pensaba el alcalde.—
¡Y qué costumbres las de este Madrid!

Terminada la cena, y cuando ya estaban todos los miembros de la casa en disposición de volver á la prevención del distrito, se dió le voz de recogerse. Caralampio, pudoroso, aunque en el delirio, se levantó, pero generales exclamaciones le detuvieron.

—¿Cómo es eso?

—¡Marcharse y solo y á estas horas!

—No lo consentiremos.

—No, monín, no—le dijo, echándole un brazo al cuello, la cuñada morganática de Ruperto, que ya había desaparecido con su esposa por el foro.

A partir desde aquel momento ya no se pudo dar cuenta de lo que vió ni de lo que le pasó. Recuerda solamente, que habiéndose acostado en compañía de su apreciable cuanto improvisada amiga, por si se le ocurría tomar algo ó se sentía indispuerto durante la noche, se durmió. Que al despertarse por sentirse mal del estómago y comarcas adyacentes, oyó ruido de pasos en su habitación. Y una voz que decía:—Luisa, déjame sitio.

—¡Caracoles!—gruñó—¿qué Luisa ni qué?...

El individuo sonámbulo, ó peregrino nocturno, retrocedió.

Don Caralampio, acosado por necesidades del servicio, y por no alborotar la casa, salió á tientas hacia el sitio donde pensaba encontrar la cámara de los comunes. Pero equivocó el itinerario. Empujó una

puerta

y sor-

pre-

ren-

dió á

un jo-

ven,

queno

era Ru-

perto,

con la poética esposa de aquel y en paños menos

que menores.

El desconocido para Caralampio, la decía con un reló en la mano:

—¿Ves? no me quedan más que veinte minutos para vestirme y llegar á la estación.

Y ella respondió:

—¡Ay! ¡y cómo se nos pasa la vida! en un *jiplo*.

Caralampio se detuvo cuando oyó que preguntaban dentro: —¿Quién anda ahí?

—Será el gato—dijo ella.

